

SE EMPIEZA UNA ORACIÓN
Diego de Ávila
TXT PRÓXIMO, 2/2018

Se empieza una oración, se encuentra una fábula o más bien el comienzo de una fábula, y se abandona enseguida por una idea, en la primera oportunidad, con la que se insiste, hasta que cuaja y florecen, como si lo hicieran en una temperatura fría, valores, o una velocidad parecida a un valor (el humo de un paisaje que se terminó), o una tarjeta sofista de lenguaje, de crédito: con la que se regresa más tarde a buscar algo, como escribe a veces cuando está cansado Eduardo Milán, cuando vienen sus amigos a comer y escribe su poema sólo porque luego no tendrá tiempo, el rastro en la nieve del poema, luego del espacio en blanco, con el que se sigue escribiendo durante días, me parece muy extraño, que no haya intentado todavía otra manera: primero una oración, luego se precipita una fábula (un conejo moribundo escucha atentamente los problemas de un amigo, porque todavía no está preparado) y enseguida tengo una idea que ¿acaso no debería tener? Me confunde ir a buscar el sitio donde me quedé, me hace olvidar de los atardeceres y del brillo de los autos cuando encienden los focos, porque se vuelve abrumadoramente fuerte la presencia de la noche, y esas cosas que suceden quedan enterradas: las saco un tiempo más tarde y sigo sobre lo que tenía en mente: el conejo que nunca se muere una vez que estoy de regreso, y me siento cansado, apurado por la siesta que todavía no necesito, sincero, y tengo una idea: debo volver al comienzo; entonces esa idea escribe una oración. Pero no empieza bien.